

Manuel Gamio, sus grandes aportaciones

La obra de Manuel Gamio en el campo antropológico es de sobra conocida y altamente prestigiada. No tan reconocidas son sus aportaciones teóricas al campo de la reflexión sobre la identidad del mexicano, donde Samuel Ramos y Octavio Paz pusieron especial énfasis. Manuel Gamio muy pronto comenzó a pensar en qué somos y cuáles son nuestras rutas para alcanzar un cabal desarrollo social, un sentimiento nacional en un país multicultural u multiétnico. No le interesaban las generalizaciones ni las modas que a otros les sedujeron, fue, por lo contrario, reflexivo y consiguió penetrar en el alma de los distintos pueblos que conforman a México. Desde muy joven comenzó a escribir sobre tales temas. Uno de los resultados es *Forjando Patria*, editado en 1916, poco antes del arranque de los trabajos que nos darían la Constitución de 1917. Tal libro ahora es posible conseguirlo en Porrúa, en la colección Sepan cuantos.

En esta obra editada por Porrúa, brillantemente prologada por Justino Fernández, están algunas de las mejores y más lúcidas páginas que Gamio escribiera sobre la identidad mexicana y su enorme complejidad. El sistema de categorías utilizado es propio, la metodología también. Observó la realidad nacional y trató de analizar cuidadosamente el rompecabezas. Los resultados son memorables. Contienen, tal como señala Justino Fernández, un sentido ético de muy alto rango y una sensibilidad pocas veces lograda por aquellos que han pensado y repensado nuestra compleja manera de ser desde sus raíces. El indigenismo o indianismo como prefería llamarlo Gamio, es visto con agudeza, habla de sus aportaciones y de la persistencia de sus valores. La suma de todo ello, al lado de lo europeo, es la síntesis compleja que ahora tenemos.

Si muchos consideran a *La población del Valle de Teotihuacan* como su más acabado trabajo en tanto antropólogo, *Forjando Patria* es uno de los más certeros y complejos estudios para conocernos íntimamente. De todas sus intensas reflexiones, hemos seleccionado un capítulo de Manuel Gamio, "Nuestra cultura intelectual", donde como nadie penetra en los secretos de nuestra idiosincrasia y consigue resultados asombrosos que nos permiten saber quiénes somos, de dónde venimos y a dónde debemos marchar.

El Búho

Nuestra cultura intelectual*

Nuestras manifestaciones de cultura son y han sido tradicionalmente raquíticas, sobre todo en lo relativo a Bellas Artes y a Ciencias Sociales.

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

MANUEL GAMIO

Esa deficiencia se debe a dos causas principales: la primera consiste en la *heterogeneidad* étnica de la población, que trae consigo la no existencia de un ambiente verdaderamente nacional que inspire una pro-



Margarita Cardeña

ducción intelectual armónica y definida. La segunda se debe al *intelectualismo feudal*, que ha seguido siempre entre nosotros una marcha paralela a la del exclusivismo gubernamental.

Analicemos estas dos causas de nuestro estancamiento intelectual.

Heterogeneidad étnica

La población de México está formada por tres clases o grupos, cada uno de los cuales aparece claramente definido por sus características étnicas, sociales y culturales.

El primer grupo está constituido, *étnicamente*, por individuos de raza pura indígena y por aquellos en los que predomina la sangre indígena. Desde el punto de vista *social* –jerárquico podría también decirse– estos individuos han sido siempre los siervos, los parias, los desheredados, los oprimidos. Su esclavitud ha durado desde que Hernán Cortés puso su bota ferrada en la Nueva España, hasta 1910, cuando la revolución dijo al indio que abandonara su letargo y comenzara a vivir. El indio, sin embargo, no es quien ha hecho la revolución, no obstante que sus más hondas raíces germinaron y germinan todavía en la raza indígena, lo que es natural, por ser ésta el agregado social que más “comprimido” estuvo y por lo tanto, más dispuesto a explotar conforme a leyes dinámicas impuestas a las sociedades como a la materia.

¿Por qué, pues, si la población indígena es la más numerosa, la que más energías físicas posee y la que mayor esclavitud resintió, los movimientos revolucionarios nunca tomaron cuerpo ni estallaron en su seno, por más que en ella se encuentre su origen pri-

mordial? La explicación es muy clara: el indio, que siempre ha estado destinado a sufrir, siempre también estuvo dispuesto a vengar las vejaciones, los despojos y los agravios, a costa de su vida, pero desgraciadamente no sabe, no conoce los medios apropiados para alcanzar su liberación, le han faltado dotes directivas, las cuales sólo se obtienen merced a la posesión de conocimientos científicos y de conveniente orientación de manifestaciones culturales. En efecto, las sublevaciones indígenas durante la época Colonial, fracasaron principalmente por causa de dirección; la Revolución independentista se hizo materialmente con sangre india, pero fue concebida y desarrollada por cerebros que no eran indios; la Reforma se efectuó de idéntica manera, pues el caso de Juárez y otros análogos, constituyen excepciones que confirman nuestro postulado. La Revolución de 1910 nos permite examinar más de cerca la cuestión: dos clases sociales, dos razas, contribuyeron principalmente al triunfo. En el Norte predominaba el elemento de sangre mezclada (raza intermedia a la que nos referiremos más adelante), en tanto que en el Sur, la raza indígena formaba la mayoría rebelde. El valor, la energía, la justicia de aspiraciones, todo era semejante en los dos grupos, y, sin embargo, el del Norte fue quien, en resumen, preparó, desarrolló la Revolución y consumó el triunfo, por más que los del Sur hayan derramado tanta o más sangre que aquellos.

¿Por qué no sabe el indio pensar, dirigir, hacer sus revoluciones triunfantes, formando, como forma, la mayoría de la población, siendo sus energías físicas tal vez superiores y poseyendo aptitudes intelectuales comparables a las de cualquier raza del mundo?

Eso se debe al modo de ser, al estado evolutivo de nuestra civilización indígena, a la etapa intelectual en que están estacionados sus individuos. Veamos qué estado guarda la civilización de este *primer grupo*, es decir, analicemos la cultura, el bagaje intelectual de la raza indígena. Examinando las creencias religiosas del indio, sus tendencias artísticas, sus actividades industriales, sus costumbres domésticas y sus modalidades éticas; considerando todo esto, experimental y sistemáticamente, con criterio etnológico, podrá verse que el indio conserva vigorosas sus aptitudes mentales, pero vive con un retraso de 400 años, pues sus manifestaciones intelectuales, no son más que una continuación de las que desarrollaban en

tiempos prehispánicos, sólo que reformadas por la fuerza de las circunstancias y del medio. Sucede naturalmente que, por brillante, por asombrosamente desarrollada que haya sido, para su tiempo, la civilización prehispánica, hoy sus manifestaciones resultan anacrónicas e inapropiadas, poco prácticas: hay indígenas que conocen hasta sorprendernos el curso del Sol, de la Luna y de otros astros; en tiempos precolombinos, estos individuos serían respetables sacerdotes-astrólogos, pero actualmente, parecen ridículos si se les instala en el Observatorio Astronómico. Los "yerberos", indios que poseen los secretos de una extensa farmacopea vegetal, habrían pasado entonces, con toda Justicia, como notabilidades médicas,



Perla Estrada

en tanto que hoy nuestro cuerpo médico los desdeña y los acusa como empíricos envenenadores. Los interesantísimos fabulistas indios, los que relatan las aventuras del coyote, de la serpiente, del nahual, de la Luna y del Sol, de los bosques y los lagos, pudieran haber sido insignes literatos de la corte azteca, mientras que hoy apenas si el folklorista les dedica todo el interés que merecen. Hay algo sin embargo, con respecto a lo cual el conocimiento durante el pasado prehispánico está a la altura del contemporáneo: nos referimos a los fenómenos psíquicos, magnetismo, sugestión, telepatía, etc., etc. En efecto, bien conocidos son los “brujos” indios, individuos que debieran ser dignos del más detenido estudio, por parte de nuestros etnólogos y psicólogos; el brujo evoca –o cuando menos dice que lo hace así– a los espíritus, particularmente a los de los asesinados, induciéndolos para que aparezcan ante sus asesinos, siendo entonces muy fácil, según él, descubrir a estos últimos; hace amantes a los tornadizos, procura desazones, enfermedades, miserias, y aun la muerte a los enemigos, efectuando en un maniquí todas las ofensas dedicadas a aquellos. Las complicadas ceremonias empleadas por el brujo, ocultan en el fondo un conjunto de acciones y reacciones, de energías desconocidas, ni más ni menos que lo que sucede en el magnetismo, en la telepatía, en el hipnotismo. Los sabios de hoy, brujos contemporáneos, proceden con igual empirismo en estos asuntos que los brujos indios, que serían los sabios de la época prehispánica.

El indio continúa, repetimos, cultivando la cultura prehispánica más o menos reformada y continuará así mientras no se procure gradual, lógica y sensata-

mente, incorporarlo a la civilización contemporánea. Se ha pretendido hacer esto inculcándole ideales religiosos, vistiéndolo y enseñándole el alfabeto, de igual manera que si se tratara de individuos de nuestras otras clases. Naturalmente que ese baño civilizador no pasó de la epidermis, quedando el cuerpo y el alma del indio como eran antes, prehispánicos. Para incorporar al indio no pretendamos “europeizarlo” de golpe; por el contrario, “indianicémonos” nosotros un tanto, para presentarle, ya diluida con la suya, nuestra civilización, que entonces no encontrará exótica, cruel, amarga e incomprensible. Naturalmente que no debe exagerarse a un extremo ridículo el acercamiento al indio.

Resumiendo lo anteriormente expuesto, puede concluirse que el indio posee una civilización propia, la cual, por más atractivos que presente y por más alto que sea el grado evolutivo que haya alcanzado, está retrasada con respecto a la civilización contemporánea, ya que ésta, por ser en parte de carácter científico, conduce actualmente a mejores resultados prácticos, contribuyendo con mayor eficacia a producir bienestar material e intelectual, tendencia principal de las actividades humanas.

El segundo grupo de población a que antes nos referimos, está compuesto por individuos de sangre mezclada, incluyendo aquellos en los que predomina la sangre de origen europeo, particularmente la española, que ha sido siempre la fuente de nuestro mestizaje. Esto desde el punto de vista *étnico*.

Socialmente, esta clase ha sido la eterna rebelde, la enemiga tradicional de la clase de sangre pura o extranjera, la autora y directora de los motines y revoluciones, la que mejor ha comprendido los lamentos

muy justos de la clase indígena y aprovechado sus poderosas energías latentes, las cuales usó siempre como palanca para contener las opresiones del Poder.

En cuanto a la *cultura intelectual*, de esta clase, que se ha dado en llamar "clase media", podemos asegurar, sin temor a incurrir en exageraciones, que es la única que ha producido o produce intelectualmente. Desgraciadamente, esta producción se hace de acuerdo con orientaciones poco nacionalistas. En efecto, desde la época Colonial, los españoles tendieron a imponer el criterio intelectual europeo y en particular, el español. La clase media quedó entonces en

una terrible disyuntiva: por un lado, pesaba sobre ella, enormemente, el criterio cultural de la clase indígena, que, como antes dijimos, ha continuado cultivando, la civilización prehispánica. Por otra parte, influía en dicha clase, el citado criterio exótico, importado e impuesto por los dominadores hispanos. El ambiente físico-biológico-social, que, en último análisis, es el origen de las manifestaciones intelectuales y materiales de los pueblos, impelió siempre a esta clase a adoptar el criterio de la clase indígena y a repeler el europeo, lo que es explicable si se considera que en México la mayoría de individuos, así como la orografía del terreno, la alimentación, la población animal,



Jazzamoart

la flora, los antecedentes históricos, etc., etc., eran y son diferentes a los del viejo continente. Por otra parte, la civilización indígena, además de ser retrasada con relación a la occidental, no estaba sistematizada, no formaba escuela, la guardaban y cultivaban las masas, no tenía vulgarizadores profesionales, se le dejaba propagarse espontáneamente. En cambio, la cultura europea, además de presentar un grado evolutivo más avanzado, era difundida metódica y científicamente, si cabe la expresión y si se consideran la época y las circunstancias.

De esta pugna nació algo que pudiera llamarse "cisma cultural": una gran parte de la clase media, que sentía más el ambiente en que se desarrollaba y los antecedentes históricos que la acercaban a la clase indígena, adoptó una cultura intermedia que ni es la indígena, ni tampoco la occidental. Citaremos algunas manifestaciones de esta cultura: la música del pueblo, la que Ponce, en nobilísimo esfuerzo, se esmera en dar a conocer, no es la música indígena, ni es la música europea; es algo intermedio, cuya técnica, cuya parte mecánica es occidental, pero que en carácter y en sentimiento, evoca fuertemente el alma indígena. Nuestros escultores que en Guadalupe, en México y en otros lugares hacen estatuillas de barro y cera o vasijas típicamente decoradas, son los verdaderos escultores nacionales, por más que el vulgo considere tontamente, su obra como curiosa chuchería. Las decoraciones que se usan en la industria de la laca, de la loza, en la indumentaria y en otras mil cosas, son las legítimas decoraciones mexicanas, fueron inspiradas por nuestro cielo, por nuestro suelo, por nuestras flores, por nuestros animales y hasta por las antiguas concepciones religiosas poli-

teístas de los indios prehispánicos. Pudiera decirse otro tanto de la literatura, la arquitectura y aún del especialísimo carácter que las ideas religiosas presentan en esta clase. La "cultura intermedia" se originó a raíz de la conquista, siendo necesario, para comprender perfectamente lo que aquí decimos, examinar, entre otras manifestaciones, la obra artística de transición del siglo xvi. Esta cultura intermedia, como la de la clase indígena, se desarrolla sin principios, método ni facilidades, siendo natural que ofrezca deficiencias y hasta deformidades frecuentes, como todo aquello que tiene que florecer venciendo obstáculos. Ésta es, sin embargo, la cultura nacional, la del porvenir, la que acabará por imponerse cuando la población, siendo étnicamente homogénea, la sienta y comprenda. No hay que olvidar que esta cultura es la resultante de la europea y de la indígena, o prehispánica reformada. Quien conozca el origen, la evolución y el estado actual de la cultura japonesa, encontrará justificado cuanto hemos dicho sobre nuestra "cultura intermedia".

Los "cismáticos", como les llamamos antes, forman la minoría de la clase media. Son los que rechazaron de golpe la cultura indígena y abrazaron la occidental. Es indispensable examinarlos detenidamente: los pintores copian a Murillo, a Rubens, a Zuloaga, o lo que es peor, pintan asuntos relativos a Francia, a España, a Italia, a China, si se quiere, pero casi nunca a México. Los escultores esculpen el Olimpo griego y desdennan inspirarse en lo mexicano. Claro es que, cuando se exhiben tales obras, la mayoría queda en ayunas, porque no contempla algo suyo, algo que esté en su vida, en su ambiente, en su alma. Hay todavía una labor artística más criticable: personas identificadas

con el criterio estético europeo intentan producir obra artística valiéndose de motivos o elementos indígenas actuales y prehispánicos, sin conocer el espíritu que les dio origen, sin poseer antecedentes artísticos ni históricos referentes a sus creadores, dando todo esto por resultado, una obra artística híbrida, que de ideas europeas y presenta formas americanas.

Los arquitectos construyen habitaciones fielmente copiadas de las norteamericanas, alemanas, holandesas, etc., etc. (contéplense las nuevas colonias), que, si son apropiadas para países fríos, nublados, cubiertos de nieve, en México resultan exóticas, incómodas, totalmente elegidas.

Entre los “Cismáticos” contamos con sociólogos y psicólogos de empuje, pero ¡oh desengaño! estos señores que han leído desde Spencer y James hasta lo que nos llega en el último vapor, y que conocen al dedillo los problemas sociales de Alemania y Francia, y aun del Turquestán o la psicología de los neozelandeses, no conocen o no quieren conocer o aparentan no conocer, nada de nuestra sociología y nuestra psicología, puesto que, con contadísimas excepciones, nada se investiga ni se publica sobre nuestra población y nuestro medio. Aquí sucede como en las cuestiones de arte: cuando el sociólogo o el psicólogo, intentan el estudio de nuestro medio, los prejuicios los asaltan a cada paso, y si deducen leyes y exponen conclusiones, éstas podrán ser aplicables a cualquier país, menos al nuestro; resultado lógico, ya que no han descendido hasta palpar al pueblo y asomarse a su alma, sino lo han contemplado desde lejos, desde su gabinete, a través de los autores extranjeros a quienes acatan y aceptan dogmáticamente.

En buena hora que se acepten de la civilización europea los medios, la metodología, el “cómo se hacen las cosas”, pero no se quiera que nuestra materia prima social tenga iguales moléculas y las mismas propiedades que la europea; no se pretenda que en un molde se vacíen los dos, ni que a la misma meta se dirijan sus derroteros.

Esa “cultura cismática” no es, ni será nunca la nacional, ni tampoco es la occidental, pues para poseer determinada cultura, es indispensable vivir en el ambiente en que se ha originado y desarrollado ésta. La “cultura cismática” es patrimonio de pedantes y de imbéciles.

El tercer grupo que integra nuestra población, está constituido étnicamente por individuos descendientes inmediatos o lejanos de extranjeros establecidos en el país, cuya sangre se ha mezclado muy poco con la de la clase media y nada con la indígena.

Socialmente, comprende a la aristocracia, cuyos individuos cuando son ricos, forman una masonería medieval de pendón y caldera, y cuando son pobres, triste es decirlo pero verídico, constituyen una hampa de vergonzantes inútiles.

Esta clase, en general, no posee cultura intelectual, por más que desde el punto de vista material viva en ambiente copiado del europeo.

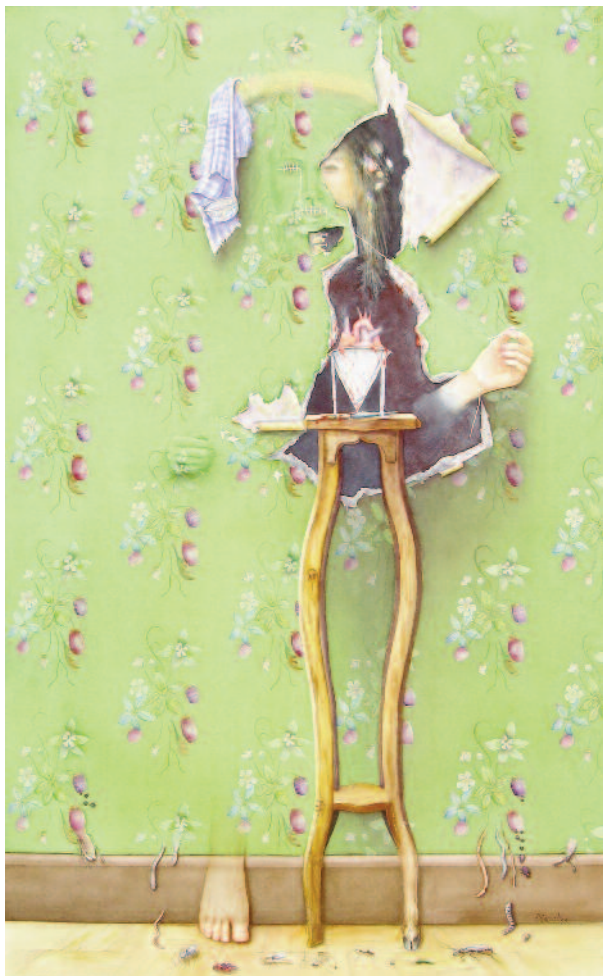
¿Puede existir verdadera producción intelectual en un país en el que las tendencias culturales son anacrónicas, heterogéneas y divergentes? Creemos que no.

El intelectualismo feudal

Pasando por alto los obstáculos hasta aquí expuestos,

de carácter étnico, consideremos la cuestión desde otro punto de vista.

Frecuentemente se critica el cacicazgo de los gobernantes, de los terratenientes, de los capitalistas, pero nunca se menciona ni se flagela el cacicazgo intelectual. Sin embargo, esta plaga nacional es bien conocida; basta que un individuo alcance –legítima o fraudulentamente– patente de intelectual, para que tome dos providencias: la primera consiste en estacionarse en el grado o etapa de intelectualismo en el que lo sorprendió la consagración del público, ya sea esta consagración verdadera, o bien fruto de autosugestión. El consagrado ya no estudiará más, no admirará ideas ni orientaciones nuevas, detestará el continuo



Patricia Gorostiza

avanzar de la ciencia, solamente pontificará. Semejante error es sensible, pero no de muy grande trascendencia, pues al fin y al cabo, cada cual es dueño de seguir cultivando su intelecto o de esconder la cabeza bajo el ala, como el avestruz. Mas sucede que el consagrado –ya sea por méritos reales o por farsantería– toma como segunda providencia la de contener, sofocar y aniquilar, si es posible, a todos aquellos que se atreven a entrar en “su campo”, es decir, a abordar los estudios que él monopoliza.

En los buenos tiempos del General Díaz había dos o tres historiadores consagrados, de cámara, podrían llamarse, sucediendo lo mismo con sociólogos, psicólogos, arqueólogos, pintores, etc., etc.

Los jóvenes, los que traían nuevas luces y nuevos derroteros, los que habían abrevado la Verdad novísimamente depurada, eran repudiados se procuraba desorientarlos y si persistían, se les condenaba al ostracismo intelectual cerrándoles las puertas de ingreso al campo de las ideas y si era menester, restándoles medios de vida.

Cuando cayó el General Díaz, se derrumbaron muchos de esos Pontífices de trapo, y han seguido derrumbándose, y hoy que los contemplamos grotescamente desenmascarados, nos admira que por tanto tiempo pudieran haber sostenido inicua tiranía intelectual.

La heterogeneidad étnica persistirá largo tiempo, como obstáculo para nuestra producción intelectual. En cambio, el intelectualismo feudal, el cacicazgo de las ideas, está desapareciendo y debe desaparecer en lo absoluto.

* Manuel Gamio. *Forjando patria*. Editorial Porrúa, S. A. Sepan cuantos No. 368. México, D. F. 1982. 210 pp.